



En nuestro miserable estado hay muchos ciudadanos que creen que sus deberes político-sociales terminan en las elecciones, que una vez votado su candidato ó, mejor dicho, el de una de esas ridículas antiguallas que llamamos *partidos*, no tienen que hacer sino resignarse con lo que él haga, y por su parte los anarquistas mansos no dejan de repetir en todos los tonos, que el mandato imperativo es una intolerable tiranía y que á la administración pública se llevan más que intereses, ideales. Claro está que sí, ¡ideales anarquistas!

Todo lo que sea buscar medio de que un pueblo ejerza presión sobre sus representantes se estima indisculpable, como principio verdaderamente anárquico, cuando puede ser el freno de la anarquía. Rudas eran, sin duda, las costumbres entonces, pero ¡qué vigor el de nuestro pueblo cuando reuniéndose en la plaza vieja, pedía á voz en grito las cabezas de los concejales!

Es cierto que no tenemos en nuestro país el *referendum*, ni puede un pueblo intervenir directamente y por sí en la aprobación de ciertas leyes, pero si la corruptora pereza no dejara que nos invadieran principios anárquicos, hallaríamos fácilmente sustitutivos, aunque no fueran legales, á aquel sábio procedimiento, y procuraríamos no dejarnos explotar por quienes una vez nos sorprendieron.

Pero no; es cosa triste, pero es la verdad. Los que falsifican el sufragio falsifican la opinión, porque son muchos los que tienen hambre y el hambre es poco exigente y escrupulosa. Y hay algo más triste aún y es que estos hambrientos cuando se arrojan en el tumor anarquista revolucionario y manejan bombas explosivas, son puestos en horror de las gentes y tratados como bestias feroces, y en cambio se les estima cuando sirven á los caciques y poderosos de lacayos, chulos, tapujadores, medianeros, testaferros ó alcahuetes, soplando en la fiebre lenta del anarquismo latente.

Y á todo esto se nos dice que ahí tenemos las conquistas políticas, que está abierto el camino de la propaganda y el del sufragio. ¡Aguda invención la de darle á uno voto sin darle inteligencia ni medio de hacerlo libre!

Hoy que con el aparato tradicional de nuestras leyes, que arrancan del despojo y el privilegio, se aseguran la vida tantos vagos; hoy que han prescrito las rapiñas de los bárbaros y las de los usureros de todos los tiempos; hoy que con el principio de propiedad tal y como está constituido, se asegura al hijo de uno que pudo aprovecharse de la labor colectiva en provecho propio, el que viva del trabajo ajeno bajo la especiosa forma de herencia; hoy que todo esto creen tenerlo asegurado, gritan: ¡basta, señores, basta, no legislar tanto que es insufrible; cuanto menos se meta el Estado, mejor! ¡dejemos las cosas al libre juego individual! ¡dejad hacer! ¡dejad pasar! ¡el mejor gobierno es el que gobierna menos!

Es decir, anarquía, anarquía pura, y la más infame, porque es la establecida cuando el prójimo está atado de manos y piés. Entonces le decimos: libre lucha!

Es claro! ¡dejemos la marcha de las cosas al juego individual! ¡dejémosla! pero por si acaso la ley protege el fruto de las rapiñas de mis antepasados ó el que he recogido al amparo de una ley de privilegio. ¡Dejemos las cosas libres! si el jornalero de la mina no me agrada ¡largó! pero no hay más remedio, si denunció una es mía, porque

no con menos se paga este fatigoso trabajo. Si no fuera así, ¿qué aliciente habría para denunciarla? Es cierto que si el que la laboreara tuviera en ello derecho y parte, tendría más aliciente para elaborarla, pero ¿no le basta el hambre?

Pero no sigamos por este camino. Volvamos á nuestro propósito y concluyamos advirtiendo que si el rebaño de corderos y cabestros que aguantan pacientemente la anarquía de los caciques y de los estafadores y se entrega á sus lacayos, sus chulos, sus medianeros, sus testaferros y sus alcahuetes, si ese rebaño pacientísimo se vé un día perturbado en la pradera en que padece por una bomba de dinamita, ni tendrá mucha sangre que perder ni mucho derecho para quejarse. Toda la energía social que entonces habría de emplearse contra los dinamiteros, empléese desde luego contra sus engendadores.

Aún así el anarquismo no desaparecerá del todo porque, estamos convencidos de ello, el anarquismo no puede reducirse al mínimun y dejar de ser destructor para convertirse en elemento de progreso, hasta el día en que el movimiento socialista llegue á su máximun, y organizado definitivamente y purificado, dé á la sociedad un nuevo ideal en la aurora de una civilización nueva.

Sí, el socialismo es el único remedio contra el anarquismo, la sumisión honrada á la labor colectiva es el único curativo del mal de someter la sociedad á intereses privados, de este mal que es el hondo y verdadero anarquismo y que toma mil formas, desde la triste y lúgubre del atentado del Liceo hasta la de regalarle á un pueblo un parque higiénico á cambio de buenas pesetas.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Eco de Bilbao  
num. 12

domingo, 7 enero 1894

15.2/51

1-96

196  
**LA REFORMA DE LA ORTOGRAFIA**  
EN  
**LA SOCIEDAD BURGUESA.**

Estoy seguro de que no me faltarán lectores que al leer el preinserto título sonreirán esperando encontrarse con alguna extravagancia ó artículo humorístico, porque es fácil que no vean la relación entre sus dos miembros por más vueltas que le den á la cosa. Espero, sin embargo, sugerirles que existe tal relación, así como han de ver que lo que voy á escribir es muy serio.

Hace ya algunos años que pedagogos y personas amantes de la buena educación popular se agitan para conseguir reformar la ortografía en sentido fonético, es decir, de modo que cada sonido esté representado siempre por un mismo sonido y sólo por él, desapareciendo casos como los de nuestras *c* y *g* que suenan de un modo, ante *a* *o* *u* y de otro ante *e* *i* y letras fonéticamente inútiles como nuestra *h*. El objeto capital de la reforma es simplificar la es-

Escuela de...  
Escuela de...





sigue el 1-96)

critura y ahorrar á los pobres niños el tiempo y esfuerzo intelectual que exige aprender esas reglillas, tiempo y esfuerzo que no calculamos bien lo que nos costaron cuando los gastamos. Este movimiento reformista es más vivo en Francia que en Es-

paña, porque allí, como la lengua escrita se desvía de la hablada mucho más que aquí, es mayor, enormemente mayor, el tiempo y esfuerzo que de los niños franceses exige la aprensión de la ortografía.

No es mi objeto extenderme en la cuestión de la reforma de la ortografía ni referir los trabajos que en tal sentido van haciéndose con relativo buen éxito, sino exponer cómo el principal obstáculo á tal reforma se ha de buscar en los tradicionales sentimientos de lujo, fruto de la constitución de nuestra sociedad y partir de aquí para lanzarme al campo de las reflexiones. Entremos de lleno en el asunto.

«Si se adoptara una ortografía fonética y sencilla, que aprendida por todos pronto y bien hiciera imposibles las faltas ortográficas ¿no desaparecería uno de los modos de que nos distinguamos las personas de buena educación de ~~que~~ aquellas que no han podido recibirla tan esmerada? «Si la instrucción no nos sirve á los ricos para diferenciarnos de los pobres ¿para qué nos sirve?» Estas reflexiones, conciente ó inconcientemente, expresas ó tácitas bajo pretextos especiosos, dénse ó no se den cuenta de ellas, se las hacen seguramente cuantos viven influidos por los sentimientos de holganza y lujo que provoca nuestro estado social de privilegio y de rapiña.

Entre los chinos es de una exquisita elegancia no cortarse jamás las uñas, dejándolas crecer y cuidándolas con cariño y paciencia, y la razón es que el llevarlas largas es señal de que no se trabaja con las manos, de que el elegante unglado no necesita dedicarse al trabajo *servil*, único de que la religión nos manda descanso, y de que puede dedicarse á hombre de rapiña. Esta moda chinesca, símbolo, aunque al parecer insignificante, muy significativo de un sentimiento de barbarie, propio de un amo de esclavos, ha arraigado entre nosotros.

No otra cosa significan ni son más que largas uñas chinescas la mayor parte de las modas, maneras y usos de la *buena sociedad*. Son medios que para distinguirse del pueblo *inculto* y *grosero*, mediante gestos, muecas, visajes, pendejos, pellos, atajos, colgajos, plumajes, pelajes y exterioridades, emplean los que en nada se les distinguen por la interioridad, los que les son inferiores en muchos respectos y sobre todo en el principal de ellos, en la aptitud para el trabajo socialmente útil.

Si anduviéramos desnudos ¿quién sería más elegante, un gañan robusto y sano ó tanto implume hombre-macaco como hoy pasa por tal? Pues lo mismo sucedería si nos desnudaran el alma.

¡Cuánto tiempo perdido en aprender futilidades y hasta desatinos que no tienen otro objeto que hacer al hombre *presentable en sociedad*! ¡Qué años tan hermosos y qué energías tan frescas malgastadas en dar á los sentimientos y las ideas un barniz de *finura* para que no nos confundan con los pobres que gastan callos en las manos! ¡Qué martirio aquel á que se somete á

\*

los pobres niños para que no sean *ordinarios* sin conseguir que lo sean extra-! ¡Qué feroz insistencia la de los padres y los maestros en torcer lo derecho y corroborar lo torcido de sus naturales instintos! Desde que, aún mamoncillo, se le está importunando para que no se sirva de la mano izquierda hasta que se vé obligado, á las veces contra su gusto, á aprender á bailar el rigodon ó á jugar al tresillo ¡qué via-crucis de estupideces! Y es lo peor que una vez que ha aprendido una cosa, quiere soltarla venga ó no á pelo, quiere hacer uso de sus pendejos podridos, quiere embozarse en andrajos deshilachados y que le abriguen. Tanto como se nos enseña nadie lo hace á que olvidemos, porque pocos meditan en que como el sonido sobre el

silencio augusto, la ciencia se basa sobre la ignorancia viva. Los que saben nuestra tradicional ortografía van á desaprovechar el esfuerzo que emplearon en aprenderla?

Raspad el barniz al hombre *culto*, quitadle del cuerpo desde la levita hasta la fina almillá de hilo crudo, del alma desde las haches ortográficas hasta los preceptos pomposos de la moral convencional, y os encontrareis con el salvaje al desnudo, con el bárbaro que solo respira los instintos más brutales de la primitiva y desenfrenada lucha por la vida. Ese padre que quiere dar á su hijo una *esmerada* educación y hacerle perder horas hermosas en el cuidado de sus uñas chinescas, es porque aspira á que su hijo sea un vago que viva del trabajo ajeno y preve que las uñas largas le han de ser al efecto de utilidad suma.

Dicen los pregonadores de la reforma de la ortografía que el aprender esta supone una gran pérdida de tiempo. Tanto mejor. Eso prueba que se ha podido perderlo, que la madre no ha necesitado al niño en casa, que el feliz mortal que no se equivoca al escribir *alhaja*, no se ha visto obligado á ir de pequenuelo á la fábrica á que le estrujen el alma para alimentar con su jugo al que se sabe la lista de los reyes visigóticos. Lleva un título de alcurnia.

Hasta hoy los reformistas solo la han emprendido con la ortografía tradicional, con el iatin y con unas pocas cosas más, pero ¡cuánto reformable! ¡qué inmensa mole de conocimientos inútiles *para la generalidad* y más inútiles aún como se enseñan! ¡qué frecuente oír: «debes hacerte bachiller; adorna mucho y dá cultura al espíritu!» ¡Cultura al espíritu el aluviòn de fórmulas muertas é ideas petrificadas! ¡Cultura al espíritu las letras impresas en vez de hechos que respiren y chorreen vida! ¡Cultura al espíritu el gerundio y las oraciones de infinitivo, y las de *sum*, y el polipote y la metonimia, y *bárbarā*, *darū*, *ferio*, *baraliptont*, y la lista de las dinastías egipcias, y los motes de cuatro bicharrajos y la descripción de la máquina de Atwood! ¡Pobre cultura de las generaciones en cultivo!

El hombre *culto* y *bien educado* bachillerrecasmente, no sólo es incapaz de manejar un martillo ó un hacha, si alguna vez le hace falta, sino que desprecia al que los maneja, le desprecia de corazón porque escribe *ombre* sin hache y lo que es peor,

maldito si tiene cultivado el tuétano del alma. No lo tiene, porque, educado para parásito de la sociedad, desconoce el alma de esta y á donde se encamina; no lo tiene porque no han cuidado de sofocar en él el légamo repugnante de nuestras tradiciones de rapiña legalizada, porque no le han enseñado á sentir náuseas cuando se le presenta al espíritu el principio económico de nuestra sociedad, su rueda catalina: ganar lo que pierde otro.

Y el tal hombre *culto y bien educado* bachillerescamente tampoco tiene cultivado su entendimiento porque desconoce el alma de la ciencia é ignora sus más puros derroteros, porque no se orienta en ella ni sabe que el trabajo de las manos callosas es como el de las madrêporas y corales que en el fondo oscuro del mar labran el cimiento de islas que sirven de habitación al hombre en el oceano, mientras las olas empenachadas de espuma las destruyen con mucho ruido, como las manos callosas, por debajo de la historia, en que se oye á los pocos que meten bullan y no á los muchos que callan y sudan, levantan el verdadero asiento de nuestra civilización mientras sus parásitos solo sirven de estorbo cuando vivos, de tierra para hormigón cuando muertos.

Dios me libre de poner, el trabajo manual ni por encima ni por debajo del mental, es más, sé que todo trabajo es corporal y espiritual á la vez, LIBERIDAD DE SALVAVANCA SIGUE EN \*\*

mente con los músculos y manipulan las manos con la mente, pero conviene no olvidar que los que cultivan todos esos conocimientos que sirven de mero adorno y nos hacen *presentables* en buena sociedad, podrán no tener callos en las manos, pero en cambio tampoco los tienen en la inteligencia y si son incapaces de servirse de un martillo ó de un hacha, no son menos incapaces de usar su razón para comprender el hacha ó el martillo, el *hecho* más insignificante, el verdadero y santo hecho, el palpitante hecho de carne de la naturaleza y no el miserable engendro que como tal se les dá en letras de molde. Porque habrán estudiado historia y sabrán la lista de los reyes visigóticos y las batallas que ganó el Gran Capitán, pero no saben, conciencia viva, que la historia la tenemos en torno nuestro, en nuestra aldea, en el hoy de que somos actores, y que toda ella es un largo aprendizaje y un martirio largo, una lucha secular entre el rico y el pobre, y mucho menos saben elevarse de espectáculo tan vigorizador como doloroso, al alto ideal de justicia, á la visión radiante de una sociedad en que no insulte el *caballero* al *hombre* dejándose crecer las uñas.

¡Cuánto más podría decirse acerca de todo esto! ¡Cuánto acerca de ese constante empeño que el *señor* ó *caballero* tiene de distinguirse del *hombre* (1) por el traje, por el gesto, por el lenguaje, por la ortografía.

Adoptar una ortografía sencilla y fácil, que haga imposibles las faltas ortográficas les parece á muchos, dénese ó no se den cuenta de ello, como adoptar un traje uniforme para todos. Si no nos distinguimos en el traje ¿qué será de nosotros? Si al que lleva levita se la quitan y le ponen blusa ¿dónde está el *caballero*?

Sigan haciendo de la instrucción librea para presentarse en sociedad elegante, sigan dejándose crecer las uñas, sigan produciéndose cual *cumplidos caballeros* en los clubs y demás tabernas de tono, sigan así y confíe el *hombre* en que algún día será esa librea, librea de loco ó de bandido, que les estorbarán las uñas largas, (las de las manos y las de la mente) para arañar el pan nuestro de cada día y aparecerán los *caballeros* como lo que son, como gentes que deben su título al caballo.